

La Luz del Porvenir

Gracia 24 de

Agosto de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—¡Rosa!—Educación de la mujer obrera.—Vibraciones de un arpa.

¡ROSA!

I.

Si yo escribiera todos los artículos que me piden unos y otros, necesitaría escribir sin descanso de día y de noche, mas de un siglo y como esto no es posible, como cada día *tiene su afán*, ó sea su trabajo, su ocupación, su tarea precisa, no pudiendo complacer á todos los que me piden comunicaciones de los espíritus, prefiero y atiendo en primer lugar, á los mas desventurados, á los que tienen mas sed de amor y hambre de justicia, á los que carecen de hogar de familia, de salud, de lo mas indispensable para poder vivir. Esta preferencia que tengo por los desvalidos, hace que mis escritos generalmente sean tristes; nada más lógico y más natural usando como uso para escribirlos la tinta del llanto.

Muchas personas medianamente acomodadas me dicen con frecuencia:—¡Ay! Jesús, tus escritos nos conmueven demasiado, no cuentas mas que tragedias, háblanos de cosas más alegres y mas risueñas. Yo me sonrío y les digo:—No puede ser, no veis que yo soy el *cronista de los pobres* y como estos (desgraciadamente,) no saben lo que son alegrías, que estuvo muy en lo cierto el marqués de Valmal cuando dijo que el dinero no da la felicidad, pero la miseria si da la desgracia. Si los que constantemente sufren se consuelan con mis escritos, como mi objeto es consolar con mis palabras, ya que no pueda hacerlo con mis buenas obras, he aquí la causa porque escribo para mis lectores especiales, si ellos me entienden, si mis narraciones despiertan su sentimiento y el horizonte de su vida lo ven menos cargado de nubes, ya he conseguido el fin que deseaba, ser útil á una fracción de la humanidad, á la que más necesita de atenciones cariñosas. Yo no escribo para distraer las horas de ocio de los afortunados, yo escribo para aquellos que sufren todas las amarguras, que parece que estorban en todas partes porque son pobres.

Hace algun tiempo que recorriendo las Salas de un Hospital, me fijé en una mujer de mediana edad de rostro simpático cuya agradable expresión atraía dulcemente: estaba medio sentada en su lecho con las manos extendidas sin hacer el menor movimiento. Entré en conversacion con ella y comprendí desde luego que no era un ente vulgar, razonaba perfectamente y hablaba de su lamentable estado deduciendo por sus padecimientos, que su *pasado* debia de haber sido muy tempestuoso. Esto me dió á conocer que tenia aquella mujer nociones de Espiritismo, y ya no me

causó tanta extrañeza su resignación, su paciencia, y su íntimo convencimiento de que cuando tanto padecía, mucho daño debía de haber hecho á los otros.

—Debes ser profundamente desgraciada, la dije cogiendo su diestra entre mis manos ¿Cómo te llamas?

—Rosa, y me cuadra mi nombre por las espinas que atormentan mi cuerpo: por que soy mucho mas desgraciada de lo que V. se puede imaginar. A mi si, que me ha sucedido caer del cielo de los bienaventurados en el abismo del infierno.

—¿Ha que hablas del infierno si no existe semejante lugar?

—¿Qué no existe? ¡Ay!... como se conoce que no ha estado V. cerca de seis años en un Hospital sin poderse mover de la cama, sino cuando las *hermanas ó enfermeras* se toman el trabajo de levantar al tullido como sucede conmigo, que si no me cogen y me sacan de este potro aquí me pudriria Dios premie á las buenas mujeres que hacen conmigo tal obra de caridad; pero que su asistencia y hasta su solicitud, no puede amenguar el sufrimiento de mis noches y mis dias, por eso digo que del cielo me precipitó mi expiación en el infierno.

—Según te explicas veo que has sido dichosa.

Si señora, me casé por amor, lo que se llama enamorada de veras, vivia sin pobreza ni abundancia, tenia lo necesario para vivir, no nos sobraba un duro, pero tampoco nos faltaba una peseta. Mi marido se miraba en mí como en un espejo; preferia mi compañía á todos los amigos y diversiones de este mundo; si yo no salia se pasaba los dias de fiesta en casa sin acordarse de cafés, de casinos ni de ningun teatro, su mujer y sus hijos lo eran todo para él. ¡qué felices éramos!...

En medio de mi tranquilidad, mejor dicho de mi felicidad, comencé á sentir dolores, estos se me fueron extendiendo por todo el cuerpo llegué á no poderme mover de la silla, se gastaron los ahorros, se empeñaron las prendas de valor que poseíamos y antes de quedarnos sin un clavo en la pared, me decidí á ingresar en el Hospital á ver si aquí que hay muy buenos médicos me aliviaba.

Al principio mi esposo venia á verme todos los dias, y yo era feliz con verle á él, y á la hija que nos habia quedado de cinco que habian alegrado nuestro hogar más llegó un dia que no vino, ¡Qué angustia!... ¡qué inquietud!... ¡qué incertidumbre!... ¿Si estaria enfermo?... (me preguntaba con la mayor zozobra:) ¿si á la niña le habria sucedido alguna desgracia? ¡qué larga!... ¡qué interminable me pareció aquella noche!... y tal miedo tenia de saber la verdad, que no me atreví á mandar á nadie á mi casa y estuve quince dias sufriendo lo que no se puede explicar, hay cosas que se sienten, pero que es imposible dar idea de ellas. A pesar que apenas podia moverme, durante aquellos quince dias haciendo esfuerzos sobrehumanos me levantaba y me iba á la porteria á esperarle, más ¡Ay!... ¡qué no venia!... hasta que al fin vino una tarde, al verle, sentí un placer inmenso mezclado de una angustia indefinible, porque leí en su rostro mi sentencia de muerte. No era él con su mirada amorosa y compasiva, no habia en su semblante aquella sonrisa que me alegraba el alma, antes al contrario, estaba triste, sombrío. Yo, ahogando mi pena le dije, poniéndole la mano en el hombro.

—Ya te lloraba por muerto, ¡quince dias sin verte!...

—Pues mira, haste cuenta que he muerto para tí (me contestó con la mayor crueldad) porque lo que es para mí, como si no existieras y mientras mas pronto Dios se acuerde de tí, mejor para los dos, porque tú dejarás de sufrir y yo de tener un lazo de hierro que me priva de vivir con entera libertad. Con los enfermos no hay vida posible, son como cuerpos muertos, y á los muertos se les entierra; el día que te mueras créelo, los dos descansaremos, y volviendo la espalda, me dejó más muerta que viva.

Aquello fué peor que un rayo, y cuando aquella tarde no me dieron la *extrema unción* tengo aun muchos dias en que vivir.

Han pasado mas de cinco años, á mi hija la recogió una hermana mía y él, el hombre que me habia hecho tan dichosa vive con otra mujer jóven y guapa sin consagrarme un recuerdo. Ahora dígame V. si tengo motivos para decir que estaba en el cielo y que he descendido en cuerpo y alma al infierno.

—Tienes sobrada razon, y no se como puedes resistir tan terrible expiación; en tí se cumple el adagio que no nos mande Dios todo lo que podemos sufrir; es decir, Dios no dispone *este* ó el *otro* castigo, se cumplen las leyes de gravedad. Supongamos que la culpa es un cuerpo creado por nosotros, y éste cae atraído por nuestra propia fuerza de atracción, y nos aplasta tanto como nosotros hemos aplastado á los demás.

—Pues crea V. que yo debo haber aplastado de firme, porque llevo una vida, que esto no es vivir. Las noches en un hospital es preciso pasarlas para conocer y apreciar todo su horror. De dia menos mal, la luz del Sol yo creo que alegra y resucita los muertos, el movimiento de tanta gente como hay aquí empleada distrae y llama la atención lo mas insignificante que pueda ocurrir, pero de noche, á media luz, escuchando los lamentos ó las blasfemias de los enfermos, que por regla general todos nos empeoramos, y muchos mueren de noche... y yo sin poderme mover de mi cama asistiendo á esta tragedia sin término, recordando noches tranquilas, risueñas, felices, viendo en mi mente mi casita, mi marido y mis hijos... le digo á V. que no sé como no me he vuelto loca. Gracias que tengo algunas nociones de Espiritismo y me hago el cargo que mi sufrimiento no es injusto pero ¡Ay!... pedí demasiado, mis fuerzas se gastan y no puedo mas. Para no desesperarme, para no hacer alguna barbaridad, yo quisiera que V. preguntára algo sobre mi ayer á ver si algun espíritu de los que á V. la inspiran quiere decirme algo sobre mi historia.

—Para mi el ruego de un desgraciado es lo más sagrado, lo mas santo que hay en este mundo, y cree Rosa que no olvidaré tu encargo, de lo que no te respondo es de un que espíritu acceda á tu deseo, que no siempre pedimos lo que mas nos conviene, pues aunque nos parece que tendremos valor suficiente para mirar nuestro ayer, del dicho al hecho hay gran trecho.

—Crea V. señora que yo lo tendré, porque pruebas estoy dando de resistencia para el sufrimiento, que no es todo uno estar en el Hospital una hora de visita cuando los enfermos no se quejan, á estar dias, semanas, meses y años escuchando lamentos y viendo morir continuamente á tantas infortunadas.

No supe que contestar á Rosa, estreché su mano, la besé en la frente y salí del Hospital diciendo:—Señor, aparta de mis labios este caliz de amargura que yo no muera como mueren tantos desgraciados.

II.

Transcurrieron muchos dias sin tener ocasión propicia de cumplir el encargo de Rosa, hasta que por fin, pude hacer presente al espíritu del Padre Germán el deseo vehementísimo de la pobre enferma. Enmudeció el médium largo rato, diciendo despues lo siguiente:

“Todos los que sufren buscan consuelo y deber tenemos todos, tanto los que estais encarnados, como los que no tenemos tan pesada envoltura, de alentar á los que caen abrumados bajo el enorme peso de su *cruc*. La enferma que nos llama

vive rodeada de todo cuanto puede atormentar á un desvalido; sus horas son amargas, sombrías, á veces... ¡espantosas, horribles, crueles! porque no hay ni una flor en su árido camino, no hay un árbol que le preste sombra, ni una fuente que calma su sed abrasadora. Es un peregrino fatigado que debeis compadecer y consolar cuanto humanamente os sea posible, porque es inmensa su desventura, y los afligidos por su impotencia, los que quieren correr y no pueden andar necesitan de cariñosas atenciones, son niños que no pueden valerse: ¡Pobrecitos!... ¡qué sería de ellos si la caridad no les tendiera sus brazos! mal están en los Hospitales, más ¡Ay! por ahora no hay otros lugares de refugio donde puedan guarecerse los que al parecer están desheredados, y digo al parecer, porque en realidad no lo están. Los pobres, los enfermos, los presos, todos aquellos que carecen de lo mas necesario, usando un lenguaje vulgar no son otra cosa que comerciantes declarados en quiebra, que si no tienen capitales disponibles para seguir sus operaciones mercantiles, les queda su inteligencia para trabajar eternamente, y si me arguís, que el loco, el idiota ni esto tiene, os diré, que no podrá hacer uso en un número de años, tantos, cuanto le dure su condena, pero al desprenderse de su envoltura, se encuentra dueño de un capital que nadie puede destruir. Ya puede el hombre ser un miserable que mate sin compasión, un déspota, un tirano odiado y maldecido de sus contemporáneos, ya pueden sus esclavos romper un dia sus cadenas y maniatarle con ellas y arrastrarle y triturar sus huesos bajo las ruedas de sus carros triunfales, y quemar aquel polvo, y arrojar las cenizas al viento para que nada quede de aquel verdugo de la humanidad; pero... como el espíritu es incombustible, el alma que animó aquel cuerpo tan odioso, asiste á sus horribles funerales, oye las maldiciones de los unos, los gritos de triunfo de los otros, contempla la delirante alegría de los que habian gemido bajo su terrible dominación, y estudia en su historia la inestabilidad de las grandezas humanas; y estudiando forma nuevos planes de vida; he aqui porque no hay desheredados, porque la fortuna de la inteligencia nunca se acaba, siempre dispone de un caudal inagotable: de su voluntad. QUERER es conseguir; no en un día, no en un año, no en un siglo, no en centurias de siglos, pero si en la eternidad; y asi como no hay desheredados, tampoco hay seres abandonados á sus propias fuerzas. Esa enferma que gime, postrada en el lecho del dolor, que no tiene (al parecer) una mano amiga que le enjague el copioso sudor de su abrasada frente, que no escucha una palabra de amor en sus noches de insomnio, esa esposa sin esposo, esa madre sin hijos, ese ser que anticipadamente está colocado en su ataúd (porque el lecho de un tullido no es otra cosa que una caja mortuoria) pues ese sér tan inmensamente desgraciado, tiene quien le ame en el espacio, y la rodean muchos enfermeros invisibles que se inclinan sobre su cabeza dolorida dejando sobre sus cabellos ósculos de paz. Tiene quien la inspira esa mansedumbre que la distingue de las demás enfermas, por eso en medio de su desgracia consuela á sus compañeras de infortunio y las aconseja la prudencia y la resignación para que no se exasperen contra aquellas mujeres que obedeciendo á sus superiores, desempeñan el papel de enfermeras, no siempre con dulzura, no siempre de esa manera fina y delicada que el enfermo necesita; pues nadie más exigente ni más descontentadizo que el enfermo, ni tampoco nada tan difícil como ser un buen enfermero, asi se vista la blanca túnica de la mujer, como el negro zayal del hombre; saber compadecer es lo más difícil, amoldarse á sonreír entre lágrimas es poco menos que imposible; estudiar la manía del uno, la intemperancia del otro, evitar el desborde de la desesperación del frenético, adivinar el deseo del moribundo, saber dar á tiempo el pan y el agua, no ahitar al débil, ni hacer padecer hambre al convaleciente, trabajo

es este de suyo tan delicado, que no todos los espíritus se encuentran en disposición de hacerlo. La generalidad de los enfermeros son máquinas que se mueven bajo la dirección del maquinista que es el Prior ó Priora del Hospital, pero en aquel trabajo de ir y venir, de subir y bajar, prestando diferentes servicios, no toma la menor parte el sentimiento del alma, y el enfermo no se contenta, no se satisface con tratar con máquinas, quiere estar en relación con personas sensibles; de aquí las quejas de los que padecen, su descontento y hasta su desesperación, porque sufren en muchas ocasiones esa sed devoradora que dá la fiebre y que solo se calma con una lágrima de amor. La enferma de quien nos ocupamos sabe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, por eso no se queja, por eso no murmura, por eso no siente por los seres que la rodean la menor aversión; antes al contrario hasta los compadece; más como no puede moverse bajo el inmenso peso de su cruz, pide á Dios fuerza para llegar hasta el calvario y morir perdonando á los que no saben lo que hacen. Y este deseo de su espíritu, ese estado de prudente y racional pasividad, esa resignación á toda prueba, no la tendría si solo contase consigo misma; ya habría sucumbido sinó su cuerpo, al menos hubiera perdido la lucidez de su clara inteligencia. Dile, repítele cien y cien veces, que no *está sola*, que la rodean seres á quienes ella ha querido mucho, y que no se preocupe por saber lo que fué ayer; por que los hechos consumados no deben ser la pesadilla del espíritu, que harto castigado vive el que sufre dolores y lamenta desengaños; lo que debe procurar el desgraciado es soñar (si otra cosa no puede) en ser noble, en ser grande, en ser útil á la humanidad, en conquistarse un lugar en el banquete de la vida, y este trabajo ya lo ha comenzado felizmente la enferma que nos ha pedido una pagina de su historia. Allí, postrada en su lecho, aconseja, consuela, evita la murmuración de los débiles que es la levadura de la desesperación, y sin andar materialmente, avanza en algunas ocasiones muchas leguas en su espinoso y árido camino; y pagando grandes deudas, hace al mismo tiempo operaciones con el capital de su inteligencia, que le dan ganancias positivas; y si para la vista humana es una pobre que nada posee, para la mirada de los espíritus no es un desheredado, sin casa ni abrigo, tiene su *chozita* levantada en terreno tan seguro, que no la destruirá ni el rayo del cielo, ni el embate de las furiosas olas, ni el huracan que arranca los sillares de las montañas. Su pequeña propiedad se irá agraudando y embelleciendo con el cultivo de su inteligencia, que hoy en medio de insufribles dolores hace un bien incalculable á sus compañeras de infortunio con sus sanos consejos, con su paciencia y con su ejemplo de humildad y resignación. Repíteselo mil y mil veces, no es pobre, no está enferma su alma cuando quiere progresar y emplea la persuasión de su palabra en bien de cuantos la rodean.—Adios.,

III.

¿Qué podré yo añadir á la comunicación del Padre Germán? que doy gracias á Dios y á los buenos espíritus por haberme concedido la inmensa satisfacción de poder llevar un rayo de Sol á una mujer que hoy vive en la sombra de la pobreza y del dolor.

¡Pobre Rosa! llevas el nombre de la flor más bella, y como ella vives rodeada de espinas; tu nombre y tu destino son iguales.

¡Pobre Rosa!

AMALIA DOMINGO SOLER.

EDUCACIÓN DE LA MUJER OBRERA.

¡Problema insoluble en el decurso del pasado! ¡Medida equitativa desatendida por los gobiernos! ¡Ley ineludible que el dedo de la Divinidad esculpiera en toda conciencia honrada! ¡Raudal fecundante que inundar debieras el yermo social dó la humanidad desliza su vacilante paso! ¡¡¡Cuán poco háce fijado en tí la apática mirada de los legisladores!!!

Y, sin embargo, tú eres la misteriosa clave que guarda los destinos del hombre; la sólida base que sustentar puede el gigantesco templo social; el blasón glorioso que enorgullecer debiera á los pueblos civilizados!!!

A tí, pues rinden un férvido culto mi entusiasta corazón, y ante tu ara sacrosanta prostérnase mi espíritu. Y ofrézote como pálida expresión de simpatía hacia la humilde obrera, el homenaje de mi iniciativa é incondicional apoyo en pro de la ilustración y ennoblecimiento de tan injustamente desatendida clase. Y este homenaje, es la manifestación genuina del sentimiento de la ley de justicia inmanente en mi ser; y este homenaje nacido á raíz de las decepciones inauditas que exprimenta la mujer de la clase popular, responde á una necesidad apremiante de mi espíritu, á la aspiración más noble de mi alma soñadora...

Ilustrar á la deprimida jóven de la clase proletaria, depurar su espíritu, en el crisol de la Razón, separar á la inmensa mayoría de la peligrosa sima en que les precipita la ignorancia, rehabilitar el santuario del hogar, disminuyendo el repugnante contingente que invade los serrallos modernos... ¡Ay, qué empresa tan gloriosa, librepensadores!!!

Educar á la mujer obrera, es encauzar las masas sociales de las corrientes saludables del progreso; es despertar en los pueblos el sentimiento de su dignidad, porque siendo la mujer el alma de la sociedad, sacerdotisa del hogar, despréndese como consecuencia irrecusable, que debe imprimir en los séres que la Providencia pone bajo su tutela. el sello de sus propias inclinaciones, ya se inspiren en la más estricta moral ó en las aberraciones más inauditas. Las primeras impresiones, las primeras ideas que se posan transmitidas de la formada inteligencia de la mujer á la débil y naciente del niño, son las más duraderas, porque lo que el hombre percibe en la cuna, lo conserva toda su vida y no le abandona hasta el sepulcro.

Los pueblos más florecientes de la tierra son aquellos que más importancia dan á la educación de la mujer, y para comprender el grado de embrutecimiento á que han descendido las naciones orientales, sólo hemos de dirigir nuestra escrutadora mirada á sus inciviles códigos, cuyas páginas acusan el más arbitrario servilismo impuesto al ser cuya exquisita sensibilidad encierra en germen las aptitudes más elevadas para labrar el bienestar de aquellas incultas razas. Si á fuer de imparciales observadores pasamos una minuciosa revista á las costumbre de los pueblos Oriente, en el cielo de las edades primitivas y contemporáneas; si avanzando hacia Occidente dirigimos nuestra mirada á los países meridionales de allende el Mediterráneo, donde, no ya las trisbus nómadas y salvajes, sino las sociedades políticas subordinadas á un jefe superior ó soberano, consideran á la mujer como un objeto de lujo y sensualidad, un doloroso vértigo se apodera de nuestra razón, y un grito de protesta escápase de nuestro pecho contra los réprobos polígamos que uncida tienen á la desdichada mujer al yugo de la más infamante tiranía. Y al anatematizar al orgulloso autócrata que tan injusta coacción ejerce sobre su compañera

observamos, con el hielo en el alma, que la ignorancia es el factor principal que fomenta y sanciona costumbres tan depravadas. Y si separando nuestros angustiados ojos de los pueblos semi-bárbaros y de las tribus nómadas, los fijamos en la civilizada Europa, veremos desfilan ante nosotros con las naciones que se precian de constituir el más precioso florón del mundo, sus deficientes códigos, en cuyas páginas pocas... ¡muy pocas garantías se conceden á la esclava de todos los tiempos! Todos... casi todos escatiman á la mujer el pan de la ilustración; y todos exigen que ésta sea un tipo ideal de perfección, y olvidan que ese tipo tan perfecto necesita el protoplasma de la ciencia, cuyo sacro fuego es el que estereotipar puede en su alma entusiasta el sentimiento del deber, la noción de la moral.

Mostrad á la mujer el faro de la ilustración, y la vereis absorber ansiosa sus radiantes esplendores, que á su vez irradiará sobre sus hijos para mostrarles en lontananza la cima do se asienta el templo en cuyo frontis esculpidas están en letras auríferas las leyes de justicia, amor y solidaridad universal, que deben unir á todos los hombres en fraternal consorcio.

Educad á la humilde obrera, y asistireis al paso gigantesco que la humanidad dará hácia el progreso. Educad á la futura madre de la clase popular, y mañana tendréis conciudadanos honrados, hombres libres, que en vez de forjar armas para mantener sobre el pedestal de la tiranía á antes ambiciosos, formarán la potente avalancha que destruya las fronteras, que taladre las cadenas, que anule vetustos dogmas, que reforme decrepitas instituciones!!!

Educad á la mujer del proletariado, y diezmaréis el pauperismo, y disminuiréis la repugnante falange de criminales que tan crecido contingente presta continuamente á las Garduñas, Saladeros y tantos otros centros llamados por sarcasmo de corrección, y que en realidad sólo deben considerarse centros de corrupción donde el hombre acaba de perder toda noción de decoro, todo sentimiento honrado.

Pero educadla de un modo amplio, sin doctrinarismo, infiltrando en su inteligencia los rudimentos de todos los ramos de la ciencia, mostrándole el gran libro de la Naturaleza, cuyas sublimes páginas enseñan á conocer á Dios en espíritu y verdad, no velado con el crespón del misterio, cual le muestran las religiones positivas. Mostradle,—con el escalpelo de la ciencia,—los insondables espacios do gravitan esas miriadas de mundos, asiento de otras tantas humanidades que asisten al banquete de la vida; haced desfilan ante su atónita mirada, esa inmensa pléyade de soles multicolores, lanzados por la mano del Sabio de todos los tiempos en el piélago eterno é infinito, para proveer de vida, luz, calor, electricidad, etc., á los mundos que gravitan á su alrededor. Hacedla después concentrar su mirada en nuestro planeta; hacedla leer en las capas geológicas la edad de nuestro mundo, su marcha evolutiva en el cielo de los tiempos, sus trasformaciones físicas, los primeros seres que le poblaron, su estado flúido é incandescente, la solidificación de su corteza su primitiva vida vegetativa, los primeros seres que en ella se manifestaron antes de la aparición del hombre, la presentación de éste y sus primeros pasos hácia la civilización, etc., y recorriendo de etapa en etapa la historia de la humanidad, arrancará de su imaginación vetustas creencias y respirará el ambiente oxigenado de la ciencia, después de haber absorbido durante tan largo tiempo, el mefitismo de la ignorancia. Entonces hará descender del pedestal de su alma, el Dios que el fanatismo de las religiones positivas circunscribe á las más exiguas dimensiones, para rendir un sincero homenaje al Dios de la razón, al que los librepensadores honran en espíritu y verdad. Y templado su espíritu al benéfico calor del racionalismo, amamantará al llegar á la maternidad á los tiernos seres que la Providencia tenga á bien confi-

arle, en las corrientes civilizadoras del progreso, é infiltrará en sus corazones los principios de la ley moral, emanada del Padre común y promulgada en Judea por el demócrata de todos los tiempos, por el Mártir del Gólgota.

La mujer educada bajo estos auspicios, atravesará serena la senda de la vida, y si su precaria posición la impone el sacrificio de ir á un taller á adquirirse la subsistencia, sabrá ostentar en su frente el sello de la dignidad, y hacerse paso por entre la falange indigna de seres protervos que se abrogan el derecho de ultrajar el decoro de la humilde artesana que tiene que salir de su hogar á adquirir un honrado pedazo de pan. No así la mujer ignorante. Acechada constantemente por la inmunda hidra, cuyo hálito emponzoña sus más puros sentimientos, siéntese magnetizada, digámoslo así, por la fascinadora perspectiva con que el vicio encubre su odiosa forma, y débil, inconsciente, déjase errebatado por el furioso vendabal de las pasiones que desencadenado la precipita en el antro de la degradación moral más espantosa.

A vosotros, librepensadores, toca desviar á la mujer de la desheredada clase popular, de las escabrosidades en que la precipita su ignorancia; y á vosotros dirijo mi humilde llamamiento, implorando en nombre de tan desatendida clase, vuestro apoyo moral y material para la consecución de mi noble empresa. No desatendáis mi débil acento, y si concentrando nuestros mútuos esfuerzos podemos dar cima á la noble empresa de ilustrar á nuestra desgraciada hermana, habremos cimentado el monumento del verdadero progreso, habremos esculpido la más gloriosa página del Código, en cuyo brillante frontis se leen las sacrosantas palabras: AMOR, LIBERTAD, IGUALDAD.

AMALIA TORRES DE MARESMA.

VIBRACIONES DE UN ARPA.

I.

*Hay quien ocupe tu lugar, me dijo,
al pedirle á su amor prueba más grande..
brusca fué la respuesta, honda la herida,
pero la fé aún pudo salvarme.*

Era su amor entonces verdadero,
sino cual lo soñé, y aquella frase
halló en mi corazón un noble olvido
más solícita siendo y más amante.

Al ver en su conducta tal mudanza
no sé si infiel llamarle ó si inconstante;
pero de aquella herida mal cerrada
hoy mana copiosísima la sangre.

II.

¡Cuán grande es el amor si grande el alma
tanta grandeza realizar le cabel...
¡ay! un cielo en la tierra me ofrecía
el dulce acento de la voz de un angel.

Trocóse el paraíso en un desierto
y enmudeció su voz... tal es la imágen
del amor de las almas en la tierra..

¡del amor de sus ángeles!

EUGENIA N. ESTOPA.